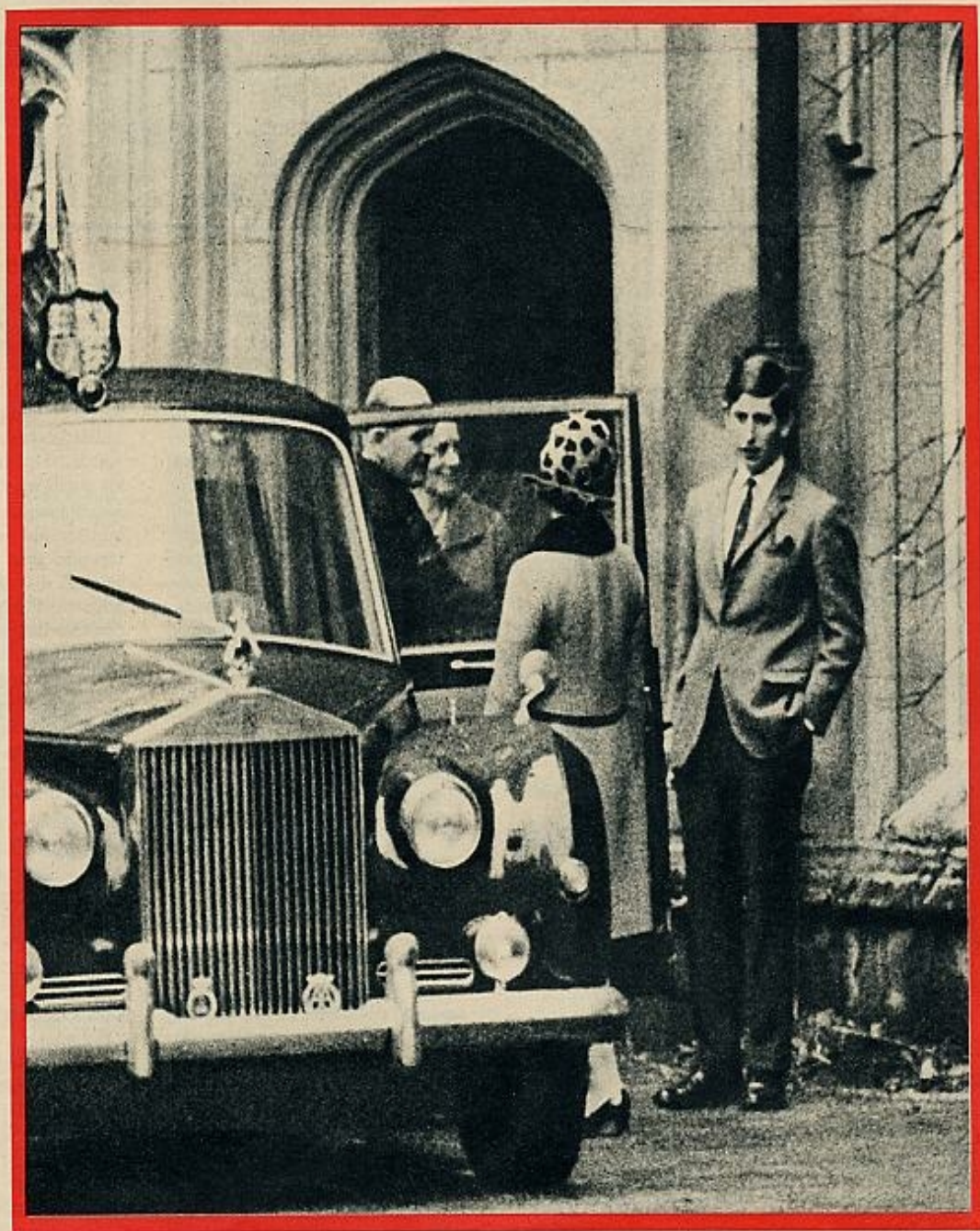


CARLOS

EL TIMIDO



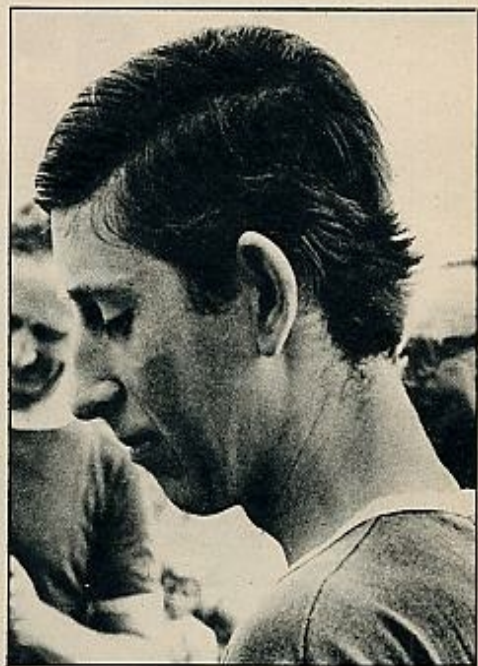
ALGUNOS nacionalistas y separatistas galeses del Free Wales Army (ejército del Gales libre) han amenazado con asesinar al príncipe Carlos entre el 26 de abril, fecha en que dará comienzo el período de estudios de seis semanas en la universidad de Aberystwyth, y el 1 de julio, fecha fijada para su solemne investidura como príncipe de Gales en el castillo de Caernar-

von: el hecho, según las intenciones de los terroristas, desencadenaría una revuelta general y provocaría la secesión de la península (dos millones y medio de habitantes) del resto del Reino Unido. El gobierno, el consejo de la corona, la policía hacen gala de indiferencia y hasta compasión para con los energúmenos autores de las amenazas en cuestión, pero, en realidad, éstas son tomadas muy en serio. Nadie ignora, en efecto, que los partisanos de chaqueta verde botella han perpetrado ya diversos atentados, que han volado recientemente el templo de la paz de Cardiff, así como el puente sobre el Severn (culpable del delito de unir a Gales con Inglaterra); que el año pasado asaltaron un pequeño cuartel de la RAF, dejando ciego a un sargento; que van armados hasta los dientes y que se adiestran en la zona del monte Snowdon.

dores; al mismo tiempo, se prepara un imponente dispositivo de seguridad, al tiempo que se lanza una no menos importante campaña para imponer a la opinión pública una imagen simpática del heredero del trono, para sustituir la figura, odiosa a los galeses, del «príncipe alemán» por otra de un príncipe estrictamente galés.

El 1 de julio, en Caernarvon, pequeña ciudad turística de 10.000 habitantes, habrá por lo menos 100.000 militares y policías. Desde ahora, el Coleg Prifysgol Cymru (colegio de la universidad de Gales) está constantemente vigilado por decenas de policías, algunos figuran entre los mejores agentes de Scotland Yard, y esto ha causado mala impresión en Gales. Por otra parte, Londres sabe que el colegio es un bastión del nacionalismo galés; tanto es así que cuatro estudiantes de la universidad estuvieron a punto de morir después de haber ayu-

El príncipe Carlos de Inglaterra cumplirá en noviembre veintiún años. Muchos esperan que para entonces el heredero del trono británico anuncie alguna «sorpresa sentimental». Entre tanto, el príncipe se enfrenta con otros problemas: Su próxima investidura como príncipe de Gales se ve seriamente amenazada. Carlos está expuesto, como mal menor, a los huevos podridos y a los tomates que le arrojen en Gales. Se habla, incluso, de un posible atentado...



Los estudiantes de la Aberystwyth University College enarbolan la bandera del dragón gales. La ofensiva de simpatía preparada por Londres no ha conseguido apagar los resquemores. Al contrario, los ha exacerbado.

Los policías se camuflan

Se sabe también que están en contacto con la IRA (ejército clandestino irlandés), con los nacionalistas escoceses y hasta con los bretones, y que persiguen la quimera de una gran confederación de todos aquellos pueblos celtas, independiente de París y Londres, y que comprendería igualmente Cornualles y la isla de Man.

Mientras tanto, el «establishment» trata de afrontar este peligro con discreción, entre basti-

nado una semana como protesta contra la llegada del «príncipe estudiante». Además, el hombre que durante seis semanas enseñara al joven Carlos a chapurrar el galés, con el fin de que el día de la investidura pueda pronunciar un discurso pasable en esta lengua, parece mirar con antipatía la gaelización artificial del príncipe. De hecho, el profesor Edward Millars, profesor de cultura galesa, ha sido vicepresidente del Plaid Cymru, partido oficial nacionalista galés.

Así es que Aberystwyth se ha visto invadida de pronto por fo-

rasteros que por lo ancho de sus hombros, la manera de andar, las dimensiones de los pies, parecen y son policías. Estos forasteros se han matriculado en varios cursos universitarios, han aceptado humildes puestos en la cocina del ateneo, participan, con barbas y pelo a lo hippy, en manifestaciones estudiantiles o se hacen pasar por reporteros gráficos, fotografiando repetidamente a los jóvenes que protestan contra la venida de «Carlos», nombre que en Gales se da muchas veces a los perros.

Se ha observado también la llegada de otro contingente de «artistas» de Scotland Yard, especializados en el disfraz de inglés típico, paraguas, bombín, pipa, ojos distraídos: agentes que harían carrera como actores secundarios en las películas de ambiente británico. Ni tampoco habría que sorprenderse de que algún «cop» disfrazado de muchacha bailase con Charles en alguna fiesta local: en este caso habría de parecerse a una «rosa inglesa», tipo de muchacha que Carlos, según sus biógrafos, prefiere con mucho a los «lirios tropicales de ojos morados» que le ofrecieron en un viaje que realizó por Méjico. Hay que añadir que las secciones especiales del ejército y de la caballería real (cuyo traslado ha costado unas 70 libras esterlinas por caballo) no tendrán como única tarea la de enriquecer las ceremonias oficiales.

Además de las bombas de los carbonarios del resurgimiento céltico, en Gales se teme el asalto, no menos violento, de los periodistas. En efecto, otro contingente de forasteros que ha ocupado los hoteles de Aberystwyth

está compuesto por periodistas. El príncipe, que aún no ha conseguido vencer su timidez, y que cuando trata con extraños se refugia detrás de una máscara de perpleja seriedad, no se lleva demasiado bien con Fleet Street (la calle londinense donde están los periódicos más importantes): sencillamente, no comprende por qué su vida privada debe alimentar una gran industria, por qué se paga a la gente por hacer público el nombre de una muchacha con la que no ha hecho más que intercambiar unas palabras. Pero esto nada importa a la prensa nacional o extranjera: algunos periódicos o agencias han ofrecido hasta 10.000 libras esterlinas a quien fotografíe a Carlos en charla íntima con una muchacha o siendo abofeteado por una irredentista galesa.

Paralelamente al aparato de seguridad, que transformará la vieja universidad en una especie de centro de adiestramiento de la policía y el castillo de Caernarvon en una fortaleza, está la campaña para «vender» al príncipe Carlos a la nación y, en particular, al país que menos le estima, es decir, el Gales romántico y atrasado, melódico y frugal, pasional y puritano, la patria de Dylan Thomas y del novelista Anthony Powell, de Lloyd George y del ministro de Asuntos Interiores, Roy Jenkins; de Mary Quant, madre de la minifalda; de Hugh Cudlipp, jefe de la cadena del «Mirror»; de los cantantes Tom Jones, Mary Hopkin y Shirley Bassey, de Richard Burton...

He aquí que unos cuantos expertos en heráldica se empeñan en demostrar que por las venas de Carlos corre la más pura san-



gre galesa, que desciende dos veces por parte de madre y una por parte de abuela de aquellos reyes galeses que durante más de dos siglos cortaron el paso a los invasores anglo-normandos hasta que, en 1282, Eduardo I completó la conquista de la región. Tenemos, además, las primeras pruebas filodramáticas del príncipe, al que no le falta sensibilidad artística, aunque sus preferencias vayan para el arte del pasado (especialmente la música y la arquitectura) y no para la vanguardia, su debut teatral en una revista satírica presentada en cuatro o cinco sesiones, en Cambridge, en cuyo Trinity College lleva estudiando un par de años. El espectáculo ha sido un verdadero acontecimiento en la temporada teatral inglesa: los precios de los billetes, oficialmente de cuatro chelines, alcanzaron, en los «mercados negros» de París y Frankfurt, las 2.000 pesetas.

La revista se titulaba «Revolution», y el príncipe actuaba en catorce de los cuarenta y cuatro «sketches». Nunca actor tan mediocre, nunca «gags» tan vulgares fueron escuchados con tanta benevolencia y atención. «¿Sabéis por qué el príncipe Felipe lleva tirantes blancos, rojos y azules?», preguntaba Carlos. Las viejas damas del auditorio se llevaron la mano al oído para tratar de coger la respuesta: «Para sujetarse los calzones». Hacia el final de uno de los «sketches», el príncipe sale corriendo del escenario con una preciosa gitanilla, al tiempo que anuncia: «Me gusta darme herederos» (frase que en inglés suena exactamente como «me gusta darme aires»). Tampoco ha pasado inadvertida su imitación del barrendero que, al

principio de su estancia en Cambridge, le despertaba cada mañana cantando a voz en grito. La fotografía del «príncipe barrendero» ha regocijado vivamente a la prensa inglesa.

Pero la iniciativa más audaz y, hasta ahora, la más feliz destinada a imprimir en la fantasía del público una imagen atractiva del príncipe ha sido la entrevista de veinte minutos concedida a la radio. Los periódicos han publicado íntegramente el texto, admirando la «agilidad verbal» del estudiante de Cambridge, su «sense of humour», el «candor», la «sinceridad». Le preguntaron si tenía miedo a los extremistas galeses. «No sería natural —contestó— que tuviese cierta aprehensión. Espero alguna que otra manifestación hostil, pero si no me tiran demasiados tomates o huevos podridos todo irá bien».

Prefiere la «rosa inglesa»

No menos estimulante fue la relación de la reacción de algunos australianos que un día lluvioso le vieron aparecer con su paraguas: le llamaron «pommy bastard» («pommy» es una expresión del argot australiano que significa «inglés»). Nota sentimental de la entrevista: cuando, durante una visita a una aldea primitiva de Nueva Guinea, los indígenas, improvisadamente, «sin razón alguna», se pusieron a cantar el «Dios salve a la reina» y el príncipe se conmovió de tal forma que le saltaron las lágrimas.

No es que el príncipe no sea ya popular. En las tiendas donde compra, la clientela se inclina para saludarle. La vieja canción

«He bailado con un hombre que bailó con el príncipe de Gales» sirve para poner en solfa una actitud hoy más corriente que nunca. Y algunos títulos que aparecen en los periódicos americanos, como «¿Quién dirá al príncipe de Gales qué ropa quiere para dormir?», no caen en el vacío, responden a una curiosidad del público, porque en el próximo noviembre Carlos tendrá sólo veintiún años y, en el campo sentimental, podría esperarse alguna sorpresa. Sin embargo, no se sabe demasiado sobre sus gustos personales, aparte de su preferencia por las «rosas inglesas».

Una farsa de una hora

A pesar de la ofensiva de la simpatía, Gales rechaza a «Carlos Windsor», «ese principucho de pantomima». «La ceremonia de la investidura —ha dicho el diputado laborista Emrys Hughes— costará doscientas mil libras esterlinas: por una farsa de una hora de duración. Y en Caernarvon no hay suficientes alojamientos públicos o privados: los que se instalarán provisionalmente para la citada ocasión serán demolidos tan pronto como termine la ceremonia. Gales no tiene necesidad de un circo real: necesita carreteras, industrias, escuelas, instalaciones sanitarias». El movimiento de protesta está difundiendo, está galvanizando los remotos valles galeses, nebulosos y verdes, con las aldeas de nombres exóticos y casi imposible de pronunciar, habitadas por gentes cuyas distracciones, hasta hace algunas semanas, eran el arpa, la cerveza, las asociaciones corales, la capilla

metodista. Pero ahora el disco más vendido en Gales es «Carlos», feroz canción satírica en lengua gaélica, del compositor cantante Deydd Iwan. En las paredes hay pegados manifiestos con una repugnante caricatura de Carlos, «héroe y santo», con una sonrisa parecida a un cepo para ratones y orejas como las de Dumbo. Los escolares de Caernarvon participan en un concurso que consiste en hacer pedazos las tazas conmemorativas fabricadas con ocasión de la investidura y que están a la venta en las tiendas de «souvenirs»; vencerá el que más pedazos haga de la taza. Diversas bandas municipales han anunciado ya que no tocarán en ninguna manifestación conmemorativa. Y más de un galés admite abiertamente: «Si un hombre perseguido por haber atentado contra la vida del príncipe de Gales busca refugio en nuestra aldea, no le rechazaremos».

¿Era necesario exponer al heredero del trono a las garras del dragón galés? Desgraciadamente, la decisión de la investidura fue tomada hace diez años, cuando no era posible prever el resurgimiento de los separatismos. La crisis económica ha afectado de modo particular a la «Francia celta» del país y ha resucitado los viejos rencores entre anglosajones y celtas. Ortega y Gasset escribió que el proceso de desintegración de un imperio tiende a prolongarse en el territorio metropolitano, pero, aun cuando la fragmentación del Reino Unido no parece ser una hipótesis realista, quizá hubiese sido mejor ahorrar al joven príncipe los huevos podridos y los tomates de los galeses. ■ FRANCESCO RUSSO.

Fotos: MIKE CHARITY, Camera Press-Zardoya y Flash Press.